Amar como aman los leones

Amar como aman los leones

RAFAEL RAMÍREZ HERNÁNDEZ

aquiescencia

amen como aman los leones
la selva en que han nacido,
¡que no sé si sus rugidos
no son amantes canciones!
--payada uruguaya

Nos sentamos llorando
y clamamos a TI desde el sepulcro,
yaciendo en silencio, en silencio yaciendo
--J. S. Bach.

Yo me recordaba de cuando era niño,
cuando el mundo, redondo, entre mis manos
era un juguete de cristal. Los hombres
y las cosas, despues me lo rompian.
--Blas de Otero

El hombre es un animal de costumbres
F. M. Dovstoievski

...a la bruja de mis ambiciones

PLEGARIA

Aquí vamos, empiezo a rezar
como un chico nuevo,
a ver cómo resulta todo esto,
porque escribir es mi pecado cometido.
Porque sabemos bien,
nunca ha sido fácil romper el silencio.

Sobre todo,
si se está tan a gusto
escuchando la lluvia,
plantando estrellas
entrenando grillos en el arte del canto
o cazando,
como muchos,
esperanzas entre el rocío
y en la cama
pasamos la vida
sembrando
espantapájaros.
Comprendo
que es cosa de miedo

– de un miedo profundo –
mirarse al espejo,
y ver en los ojos,
dos ópalos sencillos
que, de tú a tú, miran al firmamento.

También yo – si pudiese – haría pre-
guntas firmes.
Clavaría mis uñas en este estanque.
Haría del fango, una ocarina para
rituales
y con una pizca de valor – o de inso-
lencia,
Haría de tripas corazón
por pillarle justito,
después de cada vuelco
caer de pie un corazón.
Imploro.
¡Está es mi plegaria!

A ustedes, para ustedes, abro esta caja

de palabras,
–Prima hermana de Pandora,
aquella que cuando olvidó cerrar la puerta,
sólo silencio y motas de polvo
quedaron aseguradas –

Y es que vengo con ese ímpetu
a ustedes
a convocarlas:

Aquí, ¡vengan en mi auxilio!
Vengan con su rabia
cubierta de noche y de migas
y miren que por esta tinta
sólo sale una barbaridad de pájaros viejos,

– el agua y la costumbre -
con sus plumas desgastadas

¡Vengan aquí!, ¡Vengan palabras!
Mías, ajenas, prestadas.
¡Vengan! Feroces como con rabia de roedores
y muerdan de mis labios los besos
y muerdan las cuerdas de mi garganta
hasta que salten las quillas en este mar
de aullidos.

Pero… vayamos un poco más allá.
Vayamos al momento en que inicia
esta historia:

CUANDO LOS HOMBRES SON CANTORES...[1]

1 Originalmente, *Cuando los hombres son cantores...* se presentó en formato de libro allá por el año 2012 bajo este mismo selló editorial como un poema aparte, y único, ahora es de vital importancia pertenecer a este libro en su conjunto.

...así resultará ser la palabra que sale de mi boca...
--Isaías 55:11

Hay hombres que nacieron para ser cantores:
a ellos, se les dio el trino
y con el trino
inventaron la manera de cantarle al amor.

Hay pájaros que nacieron para ser guerreros:
a estos, se les dieron las armas
y con ellas inventaron las guerras.
Pero hay hombres que se creen guerreros y hacen la guerra a todo aquel

oído que se cree cantor.
Por ello derraman amor,
por ello derraman canto,
por ello lágrimas y sangre:

Sobre la guerra.
Sobre el canto de los campos.

Así nacieron los hombres cantores.
Así nacieron los pájaros de guerra.
Así nacieron los pájaros cantores.
Por desgracia, así nacieron los hombres de guerra.
Y estos abundan por todas partes.
Cierta ocasión le escuché al viento nocturno,
en una tarde de invierno esta historia que narra, cómo fue que los hombres llegaron a tener voz y las aves, tan hermoso trino:

Huitzilopochtli y Quetzalcóatl, vagan-

do por el bosque, alzaron sus ojos al cielo, dialogando el por qué la melancolía embargaba el éter en sus frentes y corazones.
Entonaron una canción e Itzamaná llegó a su encuentro.

Dichos dioses, al percatarse de ser inservibles en su desnudez, quisieron formar un pueblo de todos los hombres, diferente al de los peces, distinto al de las aves, caro a los reptiles, amado entre los jaguares.

Los peces cantaban.
Las ranas croaban.
Ladraban los perros.

Una lágrima escurría de los ojos de aquellos miserables dioses.
Fueron a un pantano y miraron a lo lejos, sumergidos en su tristeza la

miseria de los hombres, comparando la fortuna de tener a tan sumisos seres envueltos con una delgada capa de piel, azotados por el frío o por el sol, por la lluvia o por los violentos vientos, de esos que suele haber en otoño.

Y al mirar atrás, esto hirió sus oídos:
…el murmullo de los hombres, el aullido de los lobos.
…heridos por el maullar de los gatos, sumidos por la inmensa
tristeza de las gaviotas.
…por el delirio de las liebres, por el efímero ciclo de vida de
las mariposas.
Sólo algunos maravillosos emplumados fueron privilegiados con cuerdas bucales, con la voz, y así capaces de hablar con cualquier cantidad de animales, sin importar especie o género.

Por aquellos días, los hombres, siendo salvajes en su totalidad, tenían un talento especial: El trino, con el cual eran capaces de alabar y encantar cualquier oído.
Amigos de los loros, compañeros fieles del cenzontle, hermanos mutuos del jilguero, encontraron favor a los ojos de aquellos inmaculados dioses.
Quetzalcóatl habló así:

– ¡Oh! ¿Quién pudiera dar a los hombres la dicha del habla?
¡Quién será capaz de tener entre sus manos a tan indefensos seres!
Mírenles bien, ¡oh sagrados dioses!
No tienen colmillo con los cuales puedan roer carne para hacerla su dieta.
No tienen garras con las cuales

puedan defenderse de los ataques de algún desesperado animal más hambriento y más dotado que ellos.
Una simple espina puede penetrar su piel y dejar una severa herida y ésta, a su vez, causar una infección que los haga perecer en cuestión de momentos.
Una misma serpiente los puede hacer tambalear con su veneno mientras les observa como se van desplomando, sin vida.

–Miren bien, Itzamaná, Huitzilopochtli:
El caos del cambio les ha borrado el bello capilar y el pelo que protegía su piel y genitales.
Bueno será brindarles la oportunidad de cubrirse de la intemperie.
Son frágiles y la simple y diáfana brisa suele enfermarlos hasta causarles la

muerte –

Silencio.
–También es verdad que no cuentan con
extremidades traseras lo suficientemente fuertes que les dé la destreza de correr por los campos en una tormenta o en un brusco momento,
de esos cuando la tierra bosteza–
sentenció Quetzalcóatl.

–Es verdad– murmuraron los demás dioses.

Huitzilopochtli habló al respecto, mientras que
Itzamaná; el dios creador de la especie conocida con el nombre de Maya, meditaba.

–Hermanos míos: ¿Qué tan peligrosos

pueden ser los hombres?
Son indefensos. Sus mentes están vacías. Sus corazones son temerosos…
Aman al arco iris pero no son capaces de
buscarlo.
Aman la lluvia pero no son capaces de disfrutarla.
Aman la vida y no son capaces de cuidarla.
Aman a su prójimo y no son lo suficientemente valientes para decirlo ni mucho menos expresarlo o demostrarlo.
Aman vivir y temen tanto a seguir con vida
(por ello, no pocas veces cantan).

Temen a la muerte y sin saberlo, la esperan con sus torpes brazos abiertos.
Les he escuchado decir tantas veces

que:

Nacer, no piden, vivir, no saben,
de amor no entienden y, morir, no quieren.

– Sin embargo, cantan, cantan, cantan y cantan… pues son cantores.
No son humanos, sino cantores. –

Díganme, pues, hermanos míos, ¿qué tan peligroso es el hombre que no habla y sólo canta?

Otra vez, un largo silencio.

Para concluir su discurso agregó estas níveas palabras:

–Ustedes queridos, han visto esta gran realidad.

¿Díganme si acaso hay animales más

sumisos que los hombres?
¡Mírenles allí en el bosque, cantando! Cantando a la brisa, a la cascada, al otoño, a la primavera, al viento, al cielo, a la tierra, a todo lo que permanece inmóvil o aquello que tal una danza se mueve, a todo lo que vive o a todo lo que muere, a lo que con sus dedos tocan, o que con sus ojos sueñan, a lo que poseen o todo aquello que enajenan, a todo lo que quieren o desean, a lo que les es útil o desechan, a su forma de vivir o a su pueril manera de morir, a su forma de aceptar las cosas como son o a su instrumentada y sutil forma de negarse a creer lo que es, a lo que miran sus ojos, a lo que palpan sus manos, jugar con sus oídos, a degustar con sus labios, a explorar con sus pequeños ojos el profundo universo, a su forma de querer "querer", a su increíble manera de pretender

olvidar…

Dioses ¡son cantores!
¡Son realmente hermosos estos animales!
¿Qué podría cambiar en ellos que resulte fatal?

Itzamaná levantó sus manos tal que quisiera alzar el vuelo y suspiro.
Exhaló el Dulce Verdor de primavera.
Entonó esta canción:

“Demos a los hombres albedrío y así serán libres sus pensamientos.
“Demos a los hombres distintas cuerdas bucales, así podrán elegir entre su felicidad y hacer felices a los demás. Ellos son bastante sociables, no permitirán el sufrimiento entre su especie.
“Demos a los hombres libertad a sus

manos, así podrán cazar y utilizar la piel de sus presas para protegerse del frío y sus carnes para saciar su hambre, cambiarán su forma
de alimentarse y también comerán de todos los frutos de la tierra.

Y así serán hombres!

“Demos a los hombres, al lado izquierdo de su
pecho, un órgano de carne y hueso,
de tierra y agua,
de fuerza y destreza,
de aire y fuego.
Capaz de transmitir la bondad, el amor, el respeto, el valor y las fuerzas a todos los seres que les rodean.

¡Y así serán hombres!

“Y estos serán agricultores, sembrarán los campos, plantarán árboles, regarán sueños,
cultivarán civilizaciones en las que no exista más autocracia que la del espíritu.

¡Y así serán hombres!

“Demos a cada uno de ellos la facultad del habla.
Tendrán corazón, conciencia, razón, ímpetu para actuar en pro de los demás. Coloquemos en sus mentes la fuerte herramienta de la tolerancia y ellos albergarán en su interior un profundo respeto.

¡Y así serán hombres!

“Ahora convoquemos a todas las aves de los cielos y de los mares y de los

desiertos.
A todos aquellos hermosos emplumados de variados coloridos y de increíbles voces,
de inimaginables vocablos, de infinitos idiomas.

“Y ya reunidos aquí, démosle a ellos el trino de los hombres.

“Ellos cantarán en las montañas y se llamaran ruiseñores, gavilanes, canarios, cardenales.
Y así quedarán conformados aquellos trinos de hombres de montaña en voces de montaña, miles de voces de pájaros.

¡Y así serán hombres!

“Convoquemos a las aves marinas y

que sus voces pasen a formar la garganta de los hombres de mar.
De costas, de islas, y de todos aquellos que vivan en todos los extremos de la tierra, cerca de la mar.

Cada cual tendrá voz, sea gaviota, garza, pingüinos y demás.

¡Y así serán hombres!

"Y todos aquellos hombres de las partes más desérticas obtendrán en sus bocas voces de buitres, zopilotes, correcaminos y de todas las aves que viven en las regiones más rudas de la tierra.
Tendrán el trino de todas las voces del desierto.

¡Y así serán hombres!

Los hombres empezaron a hablar.
Las aves alzaron un caluroso trino.
Trino de hombres. Trino del campo.
Trino de los mares.
Trino del desierto.
Trino de cualquier rincón de la tierra.

Y las voces, en idiomas variados como
variadas eran las especies de aves,
al irse juntando y hablar, fundaron
ciudades, aldeas, imperios y reinos.

Edificaron torres para vigilar los te-
rritorios que nombraron suyos desde
el instante en que pisaron aquellos
suelos.
Crearon armas, inventaron pretextos,
inventaron la guerra.
Convivieron con el hambre y muchos
pueblos, desde aquellos días hasta
hoy, viven con la

hambruna. En forma de peste, la avaricia nació y creció en lo profundo de sus corazones, esta
invadió su alma y espíritu. Su cuerpo se llenó de lepra. y la resaca surgió un día después de la conquista y de lo que aquellos hombres llamaron victoria.

Cierto loro pastaba un rebaño de hombres y faltó a ese banquete de experimentos. A su vez, un presagio en los corazones de un par de aves más, ocultaron a un grupo de hombres.

Cuando Itzamaná, el dios sol, creador de los
Mayas, Huitzilopochtli, el dios que nace del vientre de Coatlicue cada mañana y Quetzalcoátl, la sagrada serpiente emplumada, dios supremo

de Aztecas y Toltecas, percatándose
de lo acontecido, lamentaron mucho
las vueltas del destino.
Y lloraron.

Optaron por elogiar; con dones úni-
cos, al loro, al cenzontle y al jilguero
y a cada integrante del rebaño de
hombres.

El loro, privilegiado con voz y gargan-
ta de
hombre, garganta de loro en voz de
hombre.
Es decir que cuando un hombre ha-
bla, lo hace sin pensar en las palabras,
sin tocarlas,
mientras que un loro que toca las
palabras, lo hace con la intensidad
que un hombre ansía tocarlas, atarlas,
soñarlas…

El cenzontle fue recompensado con la voz de todas las gargantas, con el trino de todas las aves, de todos los colores, con aromas de amores, con fragancias de sentimientos, con el amor de los amores de todas las aves y hombres…
fue así el nacimiento del canto del cenzontle.

El jilguero fue el más premiado de todos:
Envuelto de gloria, cubierto de llanto, bañado de gracia, querido y ensalzado. Vestido de negro grisáceo. Un alma de cantor, una noble alma.
Considerado soñador, fue visto desdichado.
Se pensó era loco, nómada, ermitaño.
Condenado al exilio con todo su pueblo.

Fue el éxodo su patria, su tinta, su voz, su instrumento… y del mismo éxodo fue exiliado.
Fue el exilio su medicina, su nostalgia, su furia. Fue el exilio su llanto, su sangre, su hueso roído… su voz cayendo en pedazos.

Fue el más feliz del mundo y el más felizmente desdichado. Su voz era tan fuerte que con sólo hablar lastimaba los oídos de todos. Su voz era lastimada por todos. Su trino era fuerte como un cristal y su dureza lo transformó en fragmentos.

Su hogar, el silencio; su cobijo, las estrellas; su
alimento, los brazos de un pequeño sol que
apenas brillaba hace unos días en sus brazos.

Se aferraba al olvido, vivía en el pasado.
Embriagado siempre con los alcoholes de la melancolía, divirtiéndose en los carnavales que organizan las flores.

Encontraba tanta dicha entre el césped de la ignorancia… escudriñando con los ojos de la felicidad fracasada, el vasto paisaje nocturno agujereado de estrellas.

El hastío dejó en su frente una señal que no fue identificada por nadie ni nada en el seol. ni el cielo.
Y al abismo fue arrojado.
No fue el más humano de mundo animal y era el más animal del mundo humanizado-domesticado.
Nunca fue capaz de herir y sin saberlo, terminaba hiriendo de muerte a

sus seres amados.
No fue capaz de odiar y terminaba por odiarlo todo.
No fue capaz de ser otra cosa que no era… pero siempre fue mucho más en lo que fue.
Creía sin creer en nada. Hablaba de todo sin decir palabras.
Callaba cuando callado hablaba. Era lo que era cuando seguía siendo nada.

El tedio lo encontró desnudo mientras el deseo quemaba sus ropas.
El fracaso lo dejó tendido en el viento con tres balazos en el cuerpo:

Uno en la memoria para matar los recuerdos.
Otro en la frente para firmar en el espacio la canción de la muerte, la sinfonía del viento, la trémula tocata en *Re* menor, conocida como: *Concierto*

para el tedio y una estampa para ella
que se escucha entre los peñascos y
las cascadas del vientre de la tierra.

Y uno más en el corazón… – ¿en dónde más si no? – en la brújula que no
sabe de indicar nada.
En el epílogo de lo que la añoranza
dejó tras de sí cuando fue asesinada
por el tiempo.
Y aun cuando no fue el mejor ser
del mundo… fue el más feliz en su
desdicha, el enamorado y novio de la
muerte que la muerte quiso besarle
conservarlo.

Y en el pozo infinito de la muerte, su
cuerpo se escurría entre los dedos de
la muerte.

Caía simultáneamente y la muerte
misma tiraba de él con la mirada,

queriendo evitar que un
espíritu así se rompiera con el golpe.
Queriendo evitar que su alma se estallara y,
en mil fragmentos, mucho temía no
volverlo a unir jamás.

Y la muerte misma, al verle en el suelo, levantó de él aquello que un día fue
una palabra: su vida.
Y una nota: su alma.
Con una sola regla:
Un corazón, y una simple y llana forma de vivir… amar hasta que duela…

Desde aquel día hasta estos momentos, hay
hombres con alma de pájaros.

Imitadores con almas de cenzont-
le. Cantores y poetas con almas de
jilguero.
Y loros que blasfeman como yo blas-
femo.
Loros que creen en la locura que yo
creo.
Jilgueros con almas de poetas, felices
de creer en la locura que yo creo.
Que miran lo que yo miro. Que viven
y mueren como vivo y muero.
Y cenzontles que cantan lo que cantan
todos… canciones que expresan los
sentimientos de todos… sienten lo
que yo siento, desviviendo y murien-
do como yo me desvivo y
muero.
Soy bendito entre los pájaros y maldi-
to ante los hombres serios.
Hereje ante la verdad de los dioses y
hereje ante la verdad de los hombres.
Mentiroso entre dioses y hombres.

Soy el alma que exhala su último aliento y soy
el último aliento de mi alma.

Soy el pez que nada en el mar del silencio
y soy el silencio que nada en un mar de peces muertos.

Por ello mi alma es de pájaro de monte, porque en el monte aprendí esta prosa, palabra por palabra, del pájaro del silencio.
…narrada con su último aliento.
Regado en el piso. Al lado mío.
Ambos…

FINIS

La nada,
merece un final al final.
una vida prematura,
una muerte que llega tarde
Pues, las palabras son así:
insanas
saludables,
son galgos haciendo piruetas en campiñas
persiguiendo conejos,
acentos
piruetas engarzadas por azarosas circunstancias del idioma
y a la luz de luciérnagas
nace la esperanza: ¡Un murmullo!

Hay un llanto triunfal,
Que es materia de desierta angustia
–aquí viene el problema ¡sujetadlo! –
porque sus alas nunca llegan
a alzar el vuelo.

CODA

Dentro de una botella
me encontré al minotauro,
y en su ausencia,
me encontré,
desolado
y sin ella
vistiendo amapolas
desvistiendo estrellas,
lanzando al mar
miradas ingenuas...
por si un día,
vuelve como vuelve
las mareas

y soltar amarras
como quien suelta caballos
o soldados
campotravieza
buscando ferozmente,

vida o muerte
por estúpidas ideas.

Pero las sábanas
como hojas en blanco
caen todas las palabras
En busca de amor y de descanso

MANZANA

Aquí debería estar una mano
alzada
un puño alzado.
Como aquel puño que alzado, alcanza
del árbol
una manzana.
Porque no fue Eva por pequeña
ni fue la serpiente por chiquilla,
ni Adán sin costilla,
quienes en el paraíso contra incendios
encendieron la hoguera.

Debo confesar
que este frío que tiembla desde afuera
también muerde con los dientes
del aire que corre por la selva.

Que vuela soezmente
en el interior de la carne

tirando de las venas
de las que vamos sujetando una idea.
Vamos a pedir al cielo,
un dios que baje,
– y que hable-
que no mordemos,
o si mordemos, es para comer
el pan que corre por el horizonte
que vuela por allí
que salta entre los bosques
quizás si mordemos a dios
es para comer de la palabra
que este lenguaje se nos escapa
y rompe a golpe de martillo
y ha dejado tan triste este silencio.
pero estábamos pidiendo al cielo que
abra sus puertas
que baje dios a hablar con nosotros,
que podemos ser buenos amigos,
y que podemos hablar hasta por los
codos.

Quiero que con sus brazos nos abrace
maternalmente,
mientras nos cuida lincemente.
y que pique cebollas para el desayuno.
que acaricie nuestros cabellos,
y que puede narrarnos una de tantas
historias,
por ejemplo:
que nos indique cómo se le hace para
que los grillos sean grillos dulces que
se coman nuestros campos
y no cadenas que opriman los huesos
y las carnes.

Quiero que nos enseñe, a tomar las
palabras por los cuernos
y juntos aprendamos,
a darles estocadas a los molinos.

¡Imaginen todos que alzamos los bra-
zos y entonces, sólo entonces alzamos

el vuelo,
y cae maná sobre la cabeza de los
ancianos como flores del cerezo!

Y con flores, tapizamos los cuerpos
que han caído ya, defendiendo estu-
pideces
colgándose banderas
y podemos olvidar que los paladines
de justicia
sólo existen en las fábulas.

Como cuando en las fuentes había
sapos
y un redoble de batería dejaba salir
brujas de a deveras,
de escoba y ungüento,
y los peces eran peces y los hombres
hombres
y los cuervos cuervos.
como cuando las cosas eran de a
deveras.

Quiero hablar con dios, o con quien
sea,
hablemos de igual a igual,
de blasfemia a blasfemia.
Porque vamos a amarnos
como aman los leones
en la estepa.
¿Ey, gusanito? ¿Estás allí?
¿Me escuchas?
Yo puedo escucharte
cómo sufres porque la tierra es de lija
y tus manos de seda
y por no sé qué fuerza del instinto
sigues tazando el terreno palmo a
palmo.

Quiero ser el por qué del horizonte se
tiñe de lujos
y las estrellas
apenas si tienen colores

y en la almohada, las palabras
suspiran con sus articulaciones:
y quiero verter un espiral
hacia el silencio
tirando de los pelos
esta absurda desesperación
y escuchar
serpientes
brotando
nuevas en la vegetación

CONFESIÓN

Decir
que la vida,
amable,
la he desvivido:
un bicho que cumple,
– ¡qué elegante! –
cabal,
su función.
Mis ojos
de vidrio
hablan
a peces,
por su sombra
y su color,
para calmar
mi espíritu
interior.

¬entre labios
qué recogen un beso,
brilla
colgada,
la luna
a la orilla,
tu ropa
interior

entre rosas
suspirando al pastar
- pasa - caracol
bañado en lluvia
por el camino
multicolor

halo de luz
antenas al cielo
buscando calor
y entre el pecho

un nido
para anidar,
el amor
un desvarío

una barca
a espaldas,
de plata nerviosa,
fijan en el cielo
alfileres,
la mariposa
cual corazón,
sencillo,
murmullo y un hilo
del que cuelga un globo
de litio,
cada estación.

Hermosa,
un estornudo
de hojas,

y amor,
cayendo
diariamente,
va el ruiseñor.
En picada,
la nostalgia,
rayando
el alba
por un bien
superior.

MUJER, ALIMENTO Y...
UN LEÓN

Ya tengo en mi cabeza una espiga de trigo.
Una espiga que rodeo con los brazos y abrazo a la espiga de trigo que sabe de tristes tigres.

Golpeo mi cabeza con esa torre de arena,
y veo que hay una víbora escurriendo por mi rostro.

¿De quién es esta sangre que palpita en la arena
y qué es este ocaso dibujado sobre lodo?
La llama del presente nos lame enteros
¿Qué vamos a decir ahora a papá y mamá?
¿Cómo justificaremos que el destino nos ha pillado

la garganta con la lengua puesta sobre el verso?
En mi garganta he puesto cínicamente columnas
de guijarros de la Historia de tus besos.
Y en mi rostro, los signos del sacrificio hecho durante la cábala.
¡Qué amargo que es todo ahora tras el lenguaje!
¡Y qué triste y angosto es tener que dejar entre abierta la puerta del alfabeto
sólo por nombrarte!

Abrazo ahora la espiga de arroz que creció sobre la ciénaga,
sobre ese fondo de cristal que fragua enteras y plasmadas risas,
– mi cabeza es una estúpida torre de hierro –
que se vuelve un verdugo veraniego

y viene temeroso a atropellarme con sus cuitas.
¿cuánto tiempo tarda para que llegue el invierno?
¿Qué milonga es esta la de llamar a la puerta?
Demos tributo a las siluetas de estrellas
que pueblan las orillas de las playas.
Huellas de hombres que caminan en la playa,
Y yo soy un lagarto trinando figurillas con los huesos.
Pulsando el violín que lamentablemente se entorpece con mis dientes.
Él y yo nos hemos hecho señales para intercambiar secretos.
Dice el violín atrapado con las cuerdas

Estoy atrapado en el enigma de los labios,

perdido por el enigma que obliga a inclinarse para beber agua como un tuerto
-Yo tuve un perro al que amaba. Esposa que también solía amarme pese a mis infantilismos. Ambos desaparecieron cuando escaseó la nieve.
Mi madre se volvió loca. Incendió la casa y lavadora. Su buen gusto la llevó a quemar mis poemas.
¿A qué recordar todo esto?
¿Debo mover la balanza del destino sólo para que el horizonte también rece conmigo como se reza por los muertos?
Sé que deliro un poco pero perdonarme, amor mío, mi corazón está enfermo.

Soy un subrarrayador de cadáveres, a quienes canto al oído

nanas mientras ofrezco alimentarles
con chocolate.
Porque ese montón de carne, aún
es un puñado de tierra alimentando
gusanos
pintando de azul el firmamento.

¿Es ese cuerpo mío al lado mío una
muestra de barro o un esqueleto?
Me inclino para arreglarle los ojos y
escribir una carta.
Tal vez la intuición ayude pero, es
inútil que investigue la delgada hebra
de la que está hecha la vida.
Poesía es mezclar en el ojo esta trágica
chispa.
Éxtasis es ver tu casa volar en estalli-
dos hacia Dios.
Encaramada a un alminar,
la lechuza del adivino ulula.
De su grito ha tejido un arco iris
y, ahogada de alegría, ha llorado

Abrazo a la espiga del tiempo,
mi cabeza es una torre de fuego.
Y de trigo. Del trigo con que alimentamos a los enfermos durante la guerra.
El payaso ha revelado sus secretos y
ya no es digno de tomarle en serio.
Este tiempo rebelde es una tienda en
el bosque de las almejas,
un pantano de profetas.
La verdad será la muerte, y el amor
será hoy y mañana el pan de los poetas
y lo que se llamó o se convertirá en patria
no es más que un instante a la deriva.

Esplendor del diluvio, ¿dónde está tu llave?
Inúndame de gracia, toma mis últimas riberas.
Dame la palabra y el poder el alfabeto

para llamarle.
Quiero lamerle las manos y el sexo a
la lluvia.
¡Tómame, mujer que cuenta la vida
con el rosario!
Con el sudor ese que escurre de los
ojos
Y que afortunadamente, borra las du-
nas de la arena tras el hechizo de ese
abismo ardiente que me ha hechizado,
Caro al camino por el que huyen los
caminos.
Abrazo a la espiga del tiempo,
mi cabeza es una torre de fuego.
Da de lleno contra la puerta
y escurre sangre ¿mi sangre? como
serpiente roja.
Va lavando la arena.
Mi alma ha olvidado sus pasiones,
ha olvidado su patrimonio, oculto en
la casa de las imágenes.
No volverá a recordar lo que ha dicho

la lluvia,
lo que ha escrito la tinta de los árboles
sobre la carne de los árboles.

Mi alma no dibuja más que una gaviota sobre la carne de gaviota en los árboles.
Una gaviota torpe, enferma,
empujada por las olas contra las amarras de un burro,
letárgicamente, como una carga, carga una manzana
contra la manzana de este poema.
Contra esta manzana que alcanzo a puño alzado y da comienzo la historia.
Y al dulce pecado de la ciencia.
Esta alma mía que se desoja con la soja,
escucha un grito metálico del grillo de la madrugada, aquí el corazón de la ciudad,

late de smog y hastío.

Y el amor de una mujer que cuenta
el tiempo con los dedos, arrulla a sus
cachorros en su regazo de luna rota,
unida al ombligo de un fantasma de
chispas.
No sabe que dios y el poeta
son dos niños que duermen en la
orilla de la luna.

Mi alma ha olvidado a que venía,
por eso temo la sombra
y al bosquejo del futuro,
que guarda caperucitas,
por eso me invade la duda
y no logro conciliar el sueño en días
de mosquitos.
Armado con palabras, corro de un
fuego a otro,
Mi pasión se desata hurgando tras el
fondo de las amapolas,

sofocado bajo el sudor que chorrea
por mi cuerpo,
elijo seguir a una señorita como quien
elige seguir una moda,
sigo los pasos de las fieras noches
infestadas de murmullos y de sueños
A menudo he dicho a la poesía sedi-
mentada en el fondo de mi cuello
no es sino apenas un grito pidiendo
auxilio
¿qué hace esta sierra en cuello?
¿Quién me canta aleluyas?
¿A quién dirigiré estas cenizas?
Yo, que no sé arrancar el pulso y arro-
jarlo a la mesa.
Yo, que rechazo hacer de mi tristeza
un tambor para el cielo.
diré: mi vida ha sido morada de es-
pectros,
molino de viento donde se muele
artificiosamente las angustias.

Abrazo el trigo, la sémola, el arroz
cosechado pacientemente,
mi cabeza es otra estúpida torre de
fuego.
Los árboles del amor en tazan el gra-
no con su sombra,
son hermanos de los árboles de la
muerte y los perros.
El bosque de mirlos consuela al bos-
que del exilio con sus colores.
¿Qué haré con esta mujer que penetra
su amor mis carnes?
Ya están listas las tumbas de jardines,
Los despojos de tilcampos horadando
la fruta.
¿Qué fuerza tiene este navajero sol
para calcinar con su nostalgia?
¿Qué es ese rayo que abraza alejándo-
se de su boca de pulga?

El verano se seca y el otoño no ha llegado,
la primavera ha ennegrecido en la memoria de la tierra,
el invierno es como la muerte lo dibuja:
agonía y hemorragia, alfabeto dando a luz a juiciosas y venturosas palabras,
en épocas surgidas de un frasco de mermelada de moras
y de la palma de los osos, ha leído la suerte una gitana,
época del extravío que improvisa el instante y rumia el aire.

¿Cómo podréis reconocerla? Es una mujer entera de horas. Entera de horas y es un león amante que mantiene en sus mandíbulas, besos no dichos y dichos que han labrado las hormigas. Vestida como hojas que cuelgan de la puerta, un regalo de navidad sin

rostro que contiene todos los rostros
de navidades inventadas.

Abrazo a la espiga del tiempo,
mi cabeza es – otra vez -una tonta
torre de agua.
Agotado, me doy la vuelta y observo:
¿Qué son esos andrajos míos de los
que estoy hecho? ¿A dónde van esos
cangrejos que me llevan a cuestas?

En un instante leo las generaciones,
en un cadáver reconozco miles de
cadáveres.
Me sumergen los abismos del absur-
do,
mi cuerpo se escapa,
mi rostro no aparece en el espejo,
estiro una mano y no me alcanzo
¿qué milagro es este reflejo que no
alcanzo mi propia mano para saber si
vivo?

mi sangre huye de las arterias
arterias que me destrozan por dentro,
porque el corazón está infectado y las rechaza
como se rechazan la vida el fuego que acaricia a los mosquitos.
¿Será porque no veo a la luz
transportar mis sueños hacia ella?
¿Será el lugar más remoto de un mundo
que los demás bendicen y yo maldigo?
¿Qué es esto que desarraiga mis profundidades
y se marcha entre la jungla del deseo,
los países, los océanos de lágrimas
y la descendencia de símbolos,
entre las venas y los sexos,
las épocas y los pueblos,
la historia y el encanto
de árboles que están pequeños y al otro lo carcomen ansiedades de los

nervios?
¿Qué es esto que divide mi alma y me destruye?
¿Acaso soy la encrucijada de caminos y palabras apenas puestas en papel en blanco?
En el instante del descubrimiento ¿ha dejado mi camino
de ser mi camino?

Ojalá pudiera escaparme de mi piel
sin saber quién he sido ni quién seré.
Busco un nombre, algo que nombrar,
Un león, por ejemplo que amante,
apenas si se nombra y confieza
pero nada es nombrable.
Una época ciega, una Historia cegada de amores y de vida,
una época de limo y una Historia de ruinas.
El dominador es dominado.

¡Alabadas seáis, tinieblas!

Abrazo a la espiga del tiempo,
mi cabeza es una torre de fuego.
Tú eres el que habita en la molécula
del agua
y en los astros celestes.
Es prudente que camines así,
orgulloso hacia el pasado.
Misterioso alfabeto, que bondadosa-
mente da vida a mi rabia interior
Y me trae celoso, las profecías de los
profetas

A pesar de que haya amado la crea-
ción en tu nombre,
no me reconocerás,
nada me unirá a ti, aparte de estas
huellas enterradas en mi alma
que me lloran y me hacen llorar sobre
ti.

Abrazo a la espiga del tiempo,
mi cabeza es una torre de fuego.
El fin de la época que llovía piedras
sobre castas mujeres que me brinda-
ron de besos y ropas, a llegado,
ha encontrado el comienzo de una era
que llueve petróleo y espadañas en los
restaurantes y época en que las ostras
mueren para que cuelguen perlas de
los cuellos en vez de sogas.
La caravana de animales desfila tor-
pemente, como papagayos borrachos
por la pulpa de frutas jamás concebi-
das.
Soy un fuego oscuro, apagado, y me
pregunto cómo engañar a mi muerte,
rebelde en su desierto, engañarla
desde el espejo, desde las palabras,
lanzando gritos de auxilio que suenan
a maullidos entre los gatos.

La trama se deshace,
me veo en un abismo
y me entrego a la noche de la caída.
Veo en las cosas un cerco de humo,
percibo el mundo como una cacería.

Por que los tiempos de Bach son perfectos
Y una mujer esculpe olas en la mar
Oh lenguaje, olas, alfabeto, plegaria del alfabeto,
¡oh lengua de agua, lenguaje del estanque,
croar de impúdicas ranas, de anfibios en proyectos!
Allí, donde el alma es –que apenas si es pez que nada –
conserva de frescura del rayo, abrazo al fuego con su tinta.

El agua se enciende de luciérnagas y
se transforma en peces
que van hilando el cielo de estrellas,
se transforman en alfileres polares, en
anguilas
que van haciendo malabares con mis
miedos,
pasándolos por el aro,
y de ganchos del que cuelgan dardos,
y una niña viene a cobijar mi mano
con su mano
pide vino y pide pan,
para bendecir mi cama,
para soñar, para besar su espalda que
se roza con mis barbas.

Oh vicio mío, besos del fruto del beso
tuyo
Que convida a habitar los abismos,
y viajas conmigo, un par de días, un
par de semanas

en la anchura de amargos adioses,
de melancólicos olimpos,
porque sus dioses abandonaron el trono
hambrientos de caricias
hambrientos de estaciones de trenes
que se saben de memoria el guión de las despedidas.
¡Ven! ¡Ven conmigo! Alcemos las faldas del mar,
descubriremos siemprevivas en las paredes de nuestra casa,
sembremos algas y garbanzos,
sabremos que la magia
es un hipocampo ciego
que enloquece con el rumor del mar.
Ven, aquí, contigo, dibújate aquí, verdaderamente, ven aquí...
que debemos saber, oh río, como se llega al mar,
no por la roca venida a menos en

cenizas
en roja arena
de pistilos,
en roca
que sueña o anda,
como Cristo, oh amor de andar,
fugazmente por una estrella,
fugitiva,
fugaz
en la red del alma
que lleva en los clavos
suspiros.
¿Pregunto cómo fue que conmigo, oh lenguaje,
se ensanchó el mal?
Por una gota de sangre que brota del agua,
por una ola que deshace esperanzas,
por el animal del sexo almizclado, por una paloma que fue feliz,
por cualquier cosa: desciende en mí.

¡Ámame, mujer, que haces triángulos
de mis tinieblas
por donde hacen giros mortales los
enanos.
¿Dónde reparamos el tiempo que se
ha roto
cabalgando sobre nuestro lenguaje
que se ha vestido los vestidos de los
años?

Sí, yo también tenía un amigo,
algo más viejo que yo
y también más listo, digo. Lo quería
como a mi propia alma, o más.
Conque por culpa de ese taller de fundición
empezó a escupir sangre y a toser. Se apago
sin mas. Cuando lo enterré,
se me fue toda la alegría.
Durante dos años me dolía
sonreir, y a reir no he aprendido muy bien
todavia.[1]

---

1 Fragmento tomado del libro *El pueblo en guerra* de Sofía Fedórchenko. Traducción del ruso de Olga Korobenko.

ÍNDICE

Plegaria 13
Cuando los hombres son cantores 21
Finis 43
Coda 49
Manzana 55
Confesión 63
Canciónción 71
Mujer, alimento y un león 77

amar como aman los leones
de Rafael Ramírez Hernández se editó
e imprimió
en Xalapa Ver. en diciembre del 2020.
Aquiescencia Editorial
Todos los derechos reservados ©